

# Esperanzas y fracasos de la política de Felipe II en Francia (1595-1598): la historia entre la fe y las armas *jornaleras*

*Conferencia pronunciada con motivo de la concesión a*

**José Javier Ruiz Ibáñez**

*del Premio Jóvenes Investigadores de la Región de Murcia 2003  
convocado por la Fundación Séneca –Agencia Regional de Ciencia y Tecnología–*





**José Javier Ruiz Ibáñez**

Esperanzas y fracasos de la política  
de Felipe II en Francia (1595-1598):  
la historia entre la fe y las armas *jornaleras*

ESPERANZAS Y FRACASOS DE LA POLÍTICA DE  
FELIPE II EN FRANCIA (1595-1598); LA HISTORIA  
ENTRE LA FE Y LAS ARMAS JORNALERAS

© José Javier Ruiz Ibáñez

© Fundación Séneca

1ª ed.: Murcia 2004

D.L.: MU-138-2004

Ilustración portada: detalle de la tumba atribuida  
a Tello Portocarrero, Catedral de Amiens.

Edición realizada para la Fundación Séneca  
por *QUADERNA EDITORIAL*  
Telf. 968 343 050 - [quaderna@telefonica.net](mailto:quaderna@telefonica.net)

Impreso en España. Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial sin permiso expreso  
y por escrito de los titulares del Copyright.

*Para Gabriela*



## ÍNDICE

Nota preliminar .....	9
1. Los pliegues de la historia .....	11
2. Una guerra que nunca existió, una guerra olvidada: 1595-1598.....	17
3. La guerra del milagro. ¿Una guerra santa?.....	23
4. El rey de los católicos... ¿franceses?.....	33
5. Los franceses de Felipe II.....	39
Conclusión.....	49



## NOTA PRELIMINAR

Este texto es una recapitulación de muchas de las cuestiones que he enfrentado en los últimos años y alguna de las que ahora se plantean en mi devenir científico. En él se intentará comprender el porqué de la actuación de las personas frente a una situación política concreta. No es un discurso cerrado, más bien es, como debe ser una propuesta científica, una suma de dudas, de afirmaciones provisionales, de inquietudes; una suma que debe contribuir a aclarar cuestiones de diversa envergadura, ya que gracias al trabajo individual se puede ir más allá, abrir nuevos caminos. Pero esa individualidad sólo es posible merced al magisterio que tan generosamente me ha sido dado todos estos años, un magisterio múltiple y a quien corresponde realmente este premio; como también a la institución de la que formo parte y a aquellas que han apostado en mi formación. Creo que éste es un buen momento para recapitular sobre la naturaleza unitaria y proteica de la investigación y para vislumbrar que quien hace historia está siempre en la más hermosa de las aventuras.

Hoy hablaremos sobre la posibilidad de la gran política de Felipe II y las razones de su fracaso a fines del siglo XVI.



## LOS PLIEGUES DE LA HISTORIA

Pierre de l'Etoile es un conocido burgués parisino que vivió a caballo entre los siglos XVI y XVII. Famoso dado que entre sus ocupaciones destacaría la redacción de un amplio y, en ocasiones, exhaustivo diario que cubriría aquellos años tan complicados para el reino de Francia. L'Etoile describe en sus diarios la toma de posición política de sus vecinos y la gran nobleza gala; refiere los principales hechos de armas de su entorno y evoca, en suma, los sucesos y personas que consideró relevantes. En el reino de Murcia, muchas leguas al sur, vivió su contemporáneo el alcaide Antonio (González de) Sepúlveda; poco o nada tenía que ver la persona de este noble y cliente del marqués de los Vélez (Sepúlveda ejercía a fines del siglo como teniente de adelantado), con la del burgués parisino. Casi con toda seguridad se puede afirmar que ambos nacieron, vivieron y murieron sin saber de la existencia del otro. Pero sin imaginarlo, o tal vez sí, ambos estaban ligados por un lazo, un sentimiento compartido y una experiencia común. Tanto Pierre como Antonio habían perdido un hijo en los combates que se habían desarrollado entre las tropas del rey católico, Felipe II de España, y las del rey cristianísimo, Enrique IV de Francia, entre 1595 y 1598. Concretamente Louis de L'Etoile cayó frente a los españoles en la batalla de Doullens en 1595 y el alférez Andrés González de Sepúlveda luchando contra los franceses en el mucho menos cruento asedio de Ardres al año siguiente<sup>1</sup>.

---

1 Pierre de L'ESTOILE, *Mémoires-journaux 1574-1611*, reproducción íntegra de la edición de Jouast/Lemerre completada de inéditos descubiertos posteriormente, París, Tallandier, 1982, t. VII, *Journal de Henri IV, 1595-1601*, p. 32 (julio de 1595), "Le jeudi 27e, vinrent les nouvelles, à Paris de la défaite des François devant la ville de Dourlans en Picardie; de laquelle s'ensuivist la ruine et sac de cette pauvre ville par l'Hespagnol, qui y commist toutes sortes d'excès et cruautés, se souvenant encore de la plaie toute fresche et sanglante de han, où il disoit avoir esté fort maltraité

No se puede medir, ni conocer, posiblemente ni imaginar, la angustia, el orgullo, el dolor o la pena de estos dos padres que padecieron la amargura que se deriva de enterrar a quien debía darles sepultura. No se puede, pero los historiadores sí deben contar con estos sentimientos, con ellos y con todos los demás, para intentar entender los procesos influyentes en las personas que concibieron el mundo de forma concreta y actuaron sobre él. El historiador incluye en un punto de vista que busca ser comprensivo y comprensivo estas diversas percepciones subjetivas, las ordena, las interroga y las cuestiona desde su propio presente. El historiador busca saber las causas de las acciones individuales y colectivas; unas causas que van en muchos casos más allá de las que los propios contemporáneos, cuya percepción de la realidad se veía fuertemente limitada, eran capaces de designar.

El trabajo del historiador es, evidentemente, de una enorme complejidad y no puede estar sujeto a más seguridad que la crítica científica y constructiva continua. Pero la anécdota de partida es cualquier cosa menos casual. En realidad contiene algunos elementos decisivos. El primero es evidente, la materia prima, el principio y fin de la historia es la comprensión de la sociedad, de los seres humanos en sociedad: ni ángeles, ni demonios, sino personas normales. Con su honor y honra<sup>2</sup>, sus grandezas, sus silencios, sus miedos, sus amarguras, sus pequeños éxitos, sus fracasos, sus cobardías, sus perversidades, sus mezquindades... y su ternura. Pese a quien pese, el ser humano es mucho más que la mera racionalidad formal. En múltiples ocasiones, quizá en la mayoría de casos, las causas de su actuación beben más en lo emotivo que en lo discursivo. La segunda constatación es que la historia, tal como se entiende en este texto, no puede ser una reproducción de la realidad inmediata; los sentimientos, seguramente las actuaciones posteriores de L'Etoile y Sepúlveda, se vieron condicionadas por algo que había sucedido a muchos días de camino de sus respectivas residencias. La historia no puede reducirse en el espacio cronológico, ni a un segmento geográfico, la historia debe asumir como elemento analítico, y como horizonte, la propia pluralidad de la realidad que pretende comprender.

---

par M. le Mareschal de Bouillon. J'y perdis mon fils aîné Lois Delestoille, qui y fust vendangé des premiers"; Francisco CASCALES, *Discursos históricos de la muy noble y muy leal ciudad de Murcia*, Murcia, 1980 (edición facsímil de la de 1775), pp. 534-535.

2 Sobre la significación, importancia y complementariedad de estos elementos en el Antiguo Régimen, v. Francisco Javier GUILLAMÓN ÁLVAREZ, *Honor y honra en la España del siglo XVIII*, Madrid, 1981.

De no ser así, posiblemente lo único que se logre sea la mera reproducción de la imagen de la realidad decretada por aquellos contemporáneos que disponían de los medios para crear memoria, una de las formas más sutiles y eficientes de apropiarse y perpetuar el poder a todos los niveles.

Quienes afirman que la incapacidad de los historiadores por aprehender el conjunto de la realidad es una debilidad de su disciplina, resulta evidente que están juzgando a las ciencias que trabajan sobre la realidad desde una perspectiva errónea, resultado en muchos casos de su propia ignorancia. El comienzo de este texto ha incidido en la complejidad, y dificultad, de la construcción de una visión del pasado. Esto hace especialmente arduos, necesariamente colectivos y esencialmente provisionales los resultados del trabajo del historiador, pero no quiere decir que tales resultados sean imposibles o definitivos. Ni la historia es imposible de hacer, ni la historia está ya hecha. La historia sobre los hombres pertenece a éstos que la hacen, la piensan y la construyen.

La pesquisa sobre la última fase del reinado de Felipe II el Prudente debe tener en cuenta todos los elementos referidos. Volver a ella es una buena forma de mostrar el movimiento caminando, ya que la descripción de este espacio histórico está lleno de lugares comunes, de falsas verdades. No obstante el discurso que se puede hacer hoy, gracias a la investigación reciente, es más coherente y realista que el que legaron los historiadores anteriores, aunque sólo se puede realizar gracias a ese trabajo previo que ellos hicieron<sup>3</sup>.

La imagen sobre proyección política exterior de los tres últimos años del reinado del rey llamado Prudente se construyó sobre unos basamentos que le restaban singularidad y que, en cierto sentido, distraían la urgencia de una investigación realmente profunda. El conocimiento del desenlace confirmaba la esterilidad e irrealidad de la decisión tomada por el soberano de lanzarse a una guerra europea. Las pruebas ahí estaban: la imposibilidad de vencer a Isabel de Inglaterra se había mostrado con el fracaso de la Armada de 1588, un fracaso que arrastró a la frustración de las esperanzas de recuperar los Países Bajos y que se ahondó con la absurda intervención española en la guerra civil france-

---

3 El interés por el final del reinado del hijo de Carlos V se ha centrado en diversos temas específicos, tales como la guerra con Inglaterra, las alteraciones aragonesas o el conflicto con las cortes castellanas. Cada uno de estos conflictos ha generado una enorme bibliografía específica. Como ejemplo de este renovado interés v. el vol 17, 1997 de *Studia Historica. Historia Moderna*, con el informe: *Felipe II, el ocaso del reinado (1589-1598)*, así como las diversas publicaciones colectivas editadas entre el 1997 y el presente.

sa. Los recursos de Castilla y América estaban condenados a dilapidarse en una lucha quijotesca llevada a término por un monarca al que se consideraba como senil, idealista, beatífico o perverso (como se sabe las leyendas de Felipe II dan para afirmar sin demasiado esfuerzo una cosa y su contrario). Esta visión contiene elementos veraces pero resulta muy insatisfactoria si se quiere comprender el conjunto, es hija y consecuencia de la concepción historiográfica construida en el siglo XIX. Era ésta una historiografía nacionalista que asumía a los *Estados* (los *pueblos* y a las *naciones*) como entes casi atemporales que resultaban los verdaderos protagonistas de la historia. El surgimiento académico de las historiografías nacionales consolidó y formalizó esta visión. Junto a ello no hay que olvidar que en ese momento, más que en ningún otro, era visible la hegemonía británica y su dominio del mar. La arqueología de este poder insular posiblemente hizo que se sobredimensionara (en la historiografía inglesa y, sin lugar a dudas, en la española e italiana) la importancia que tuvo la guerra de Felipe con Isabel, su antigua cuñada, en el devenir de Europa Occidental. El verdadero gran escenario del conflicto por la hegemonía continental (el reino de Francia), no contó con tanta atención. La historiografía francesa, acantonada sobre la leyenda de Enrique IV como padre fundador de la nación, no podía asumir la posibilidad de un resultado diferente en las guerras de Religión que el triunfo del rey, y otra concepción de quienes se le opusieron, sobre todo tras 1593, que la de traidores.

El éxito de la historia social y económica estructuralizante en el siglo XX no significó una renovación interpretativa. Como bien muestra el conocido pasaje del libro de Braudel sobre la muerte de Felipe II<sup>4</sup>, la importancia del óbito del hombre más poderoso del mundo era en la práctica mucho más limitada, en la vida de las personas corrientes, que otros factores de mayor peso como la tendencia demográfica, la evolución de la economía o el inesquivable influjo de la geografía. Se daba por buena la comprensión de lo político construida en el siglo XIX, a cambio de considerarlo como elemento complementario a los verdaderamente condicionantes o determinantes del devenir histórico que ahora se proclamaban.

La renovación historiográfica desarrollada desde el decenio de 1960 y singularmente desde el de 1980 ha puesto de manifiesto lo inadecuado, o discutible, de los supuestos en los que se basaron estas explicaciones. Basta evocar varias

---

4 Jacques RANCIÈRE, *Les noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*, París, 1992, pp. 26-29.

de estas críticas para ver la necesidad de revisar, pero no despreciar, las afirmaciones heredadas. En primer lugar, es muy cuestionable proyectar como protagonistas del pasado a quienes sólo lo son del presente: bien sean países, instituciones, grupos sociales, ideas o conceptos<sup>5</sup>; en segundo, lo es igualmente definir que un elemento de la existencia estructura a los demás, y que con su mero conocimiento basta para comprender el conjunto. La recuperación de los análisis de lo político (gracias en gran parte a una renovada sociología histórica y a la propia evolución de la filosofía contemporánea)<sup>6</sup> y lo cultural, muestra que ambos elementos son tan decisivos como los previamente referidos a la hora de influir en el desarrollo de la historia y en la toma de posición de las personas. La solución no debería ser reabrir, una vez más, la tediosa y escolástica reflexión sobre cuál de los componentes de la realidad es más estructurante, sino comprender que esa realidad es unitaria, pero interpretable desde múltiples ópticas. Esto es, que el carácter estructural de la interpretación de la historia nace de la propia naturaleza comprensiva de la aproximación elegida, del punto de vista que se selecciona para comprender el conjunto, de la escala que se adopta para interpretarla. Un punto de vista que ha de ser integrador y buscar la comprensión global, algo que sólo se puede pretender desde la asunción consciente de la naturaleza estratégica que tiene la elección de realizar un tipo determinado de historia (política, social, económica, cultural...). Una elección

---

5 En este marco hay que recordar el debate sobre el Estado en la España moderna desarrollado entre 1985 y 1995, v. Jean-Frédéric SCHAUB, "L'histoire politique sans l'Etat: mutations et re-formalations", *Historia a Debate*, La Coruña, 1995, III, pp. 217-236. Para ver el carácter histórico de su estudio en un cuadro más general, v. Alain GUERY, "L'historien, la crise et l'État", *Annales HSS*, marzo-abril 1997, n° 2, pp. 233-256. Una visión especialmente interesante sobre los usos ahistóricos de la nación en Jean Frédéric SCHAUB, "La patria durante el Antiguo Régimen: argumento político o práctica social", Francisco Javier GUILLAMÓN ALVAREZ/ José Javier RUIZ IBÁÑEZ (eds.), *Lo conflictivo y lo consensual en Castilla. Sociedad y poder político 1521-1715. Homenaje a Francisco Tomás y Valiente*, Cuadernos del Seminario Floridablanca 4, Murcia, 2001, pp. 39-56.

6 Sobre la evolución de los estudios de historia política v. Bernard GENE/Jean-François SIRI-NELLI, "L'histoire politique", François BÉDARIDA (dir), *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, París, 1995, pp. 301-312; Christophe PROCHARSSON, "L'histoire politique en France", *Historia a Debate*, La Coruña, 1995, III, pp. 209-217. Sobre la evolución de la historia política modernista en España, v. Xavier GIL PUJOL, "Del Estado a los lenguajes políticos, del centro de la periferia. Dos décadas de Historia política sobre la España de los siglos XVI y XVII", *El Hispanismo Anglonorteamericano. Aportaciones, problemas y perspectivas sobre Historia, Arte y Literatura españolas (siglos XVI-XVIII). Actas de la I Conferencia Internacional "Hacia un nuevo Humanismo"*, Córdoba, 9-14 de septiembre de 1997, Córdoba, 2001, pp. 883-919.

que no es sino un medio para comprender un fin mayor, para hacer visible aquellos elementos que se puede considerar son esenciales, pero teniendo siempre presente que dicha estrategia sólo puede tener verdaderamente sentido si lo que se pretende es su utilización como medio de conocimiento del conjunto de la realidad social.

Así pues, a la hora de presentar la proyección política, social y cultural de la Monarquía hispánica en el norte de Francia no se pretende considerar que dichos elementos son los decisivos de la situación de esa Monarquía, sino que mediante su exposición se pueden ubicar y comprender mejor los fenómenos, las tensiones y las posibilidades en que se desarrolló esa proyección.

UNA GUERRA QUE NUNCA EXISTIÓ,  
UNA GUERRA OLVIDADA: 1595-1598

El escenario en el que murieron tan próximos, en el tiempo y en el espacio, L'Etoile y González de Sepúlveda fue una guerra a la que los historiadores apenas si le han prestado atención y de la que apenas si queda algún retazo en la memoria colectiva. Ya se ha indicado cómo las peculiaridades de la escritura de la historia han contribuido a minimizar la importancia de la contienda. Realmente esta guerra se puede contar en pocas frases: Felipe II había apoyado al partido católico (la Liga católica) en la guerra civil en Francia. Tras la conversión al catolicismo del líder del partido hugonote<sup>7</sup>, y heredero legítimo al trono Enrique IV, la Liga se desmoronó. Seguro de su triunfo y para terminar de desnaturalizar a sus enemigos como franceses, acusándoles de ser meros factores del enemigo exterior, el flamante rey de Francia declaró la guerra al rey católico apoyado por sus aliados, la reina de Inglaterra y las Provincias Unidas. Pero si Enrique sí logró la derrota definitiva de sus adversarios interiores, vencer a la Monarquía hispánica fue más difícil. Pese a que no pudieron salvar la posición de sus aliados franceses, las tropas del viejo rey español lograron no sólo frenar a los ejércitos coaligados sino lanzar tres ofensivas consecutivas sobre el norte de Francia en 1595 (toma de Doullens, Le Catelet y, sobre todo, Cambrai), 1596 (conquista de Calais y Ardres) y 1597 (ocupación durante varios meses de la villa de Amiens, capital de Picardía). Victorias importantes pero no decisivas, como tampoco lo fue el combate de Fontaine-Française en 1595<sup>8</sup>, el saqueo de Cádiz por el duque de Essex en 1596 o la recuperación de Amiens en 1597. En

---

7 Michael WOLFE, *The conversion of Henry IV. Politics, Power, Religious Belief in Early Modern France*, Londres y Cambridge Mass., 1993.

8 Sobre la campaña de las dos Borgoñas, v. el reciente trabajo de François PERNOT, "1595: Henri IV veut couper le «camino español» en Franche-Compte", *Revue Historique des armées*, 2001-1, pp. 13-24.

una situación de empate técnico, arruinado el crédito de ambos soberanos y careciendo del consenso político interno para mantener la beligerancia, la paz fue vista como una solución transitoria hasta reforzarse para un nuevo combate, una paz que llegaría bajo los auspicios del papa Clemente VIII (quien mostraba sus abiertas simpatías profrancesas) en mayo de 1598 en la pequeña villa de Vervins<sup>9</sup>.

Este fugaz relato de tres años de guerra muestra los hechos, pero oculta las razones, las causas por las que para muchos, ciertamente no todos, de los contemporáneos de Felipe II y Enrique IV la solución armada no sólo fue una posibilidad, sino que se convirtió en un imperativo. Para comprender estas concepciones es preciso en primer lugar respetarlos hasta el punto de considerar los hechos bajo sus ojos, bajo su valoración. Como se indicaba antes todo lo que es posible escribir, y algunas cosas más, se ha escrito sobre la persona y las intenciones, beatíficas o satánicas, de Felipe II. Quizá desde un punto de vista más humano se pueda entender que la posición del hijo de Carlos V obedecía a una amalgama de consideraciones, intereses, esperanzas y rencores. La decisión de implicarse en la guerra francesa debía proceder en primer lugar de la experiencia que suponía haber visto cómo todas las fuerzas de su padre eran incapaces de imponerse a las de Francisco I o Enrique II. Francia era el reino más poblado de Europa y su posición central amenazaba al conglomerado de territorios discontinuos que constituía el patrimonio de Felipe. El rey de El Escorial simplemente no podía permitirse un gobierno hostil en París si quería intentar mantener una hegemonía política en Europa continental que le permitiera acabar con la amenaza que para la Cristiandad suponía tanto el poder otomano como la reforma protestante. A esto se unía la solidaridad con los católicos partidarios de la intolerancia religiosa, que se oponían al acceso al trono de Enrique de Navarra; algo que, evidentemente, suponía una amenaza mayor

---

9 Sobre la paz de Vervins se han publicado varios volúmenes colectivos aprovechando el IV Centenario de su signatura, entre ellos recordar: Claudine VIDAL/Frédérique PILLEBOUE (eds), *La paix de Vervins (1598)*, Vervins, 1998, pp. 175-184; Paul MIRONNEAU/Isabelle PÉBAY-CLOTTES (eds), *Paix des armes, paix des âmes. Actes du colloque international organisé par la Société Henri IV pour la commémoration de l'édit de Nantes et de la paix de Vervins à Pau en 1998*, París, 2000; Jean François LABOURDETTE/Jean-Pierre POUSSOU/Marie-Catherine VIGNAL (eds), *Le Traité de Vervins*, París, 2000. Sobre esta pequeña villa en el siglo XVI v. los trabajos de Éric THIERRY, "La guerre et la paix à Vervins", Jean JACQUART/André CORVISIER (dirs), *De la Guerre à l'ancienne à la guerre réglée*, París, 1996, 2 vol., II, pp. 65-75, y "Les Vervinois et la paix de Vervins", en el volumen publicado en 1998 referido en esta misma nota, pp. 75-98.

para la política regia. Un calvinista en el trono de Francia era algo tan inadmisibles para estos católicos franceses como para el propio Felipe II, quien contaba con una opción alternativa especialmente interesante: hacer subir a ese trono a su propia hija, Isabel Clara Eugenia, como heredera de la Casa de Valois<sup>10</sup>. Cálculo político, compromiso religioso e interés patrimonial unidos bajo una fuerte confianza en Dios<sup>11</sup>, se fundieron para construir las expectativas de éxito de la política agresiva del rey que se apoyaba en su magnífico ejército de Flandes y en el control del camino español.

Por mucho que detestara o temiera Felipe II a Enrique IV, era incapaz por sí mismo de desarrollar la guerra; su política consiguió movilizar ingentes recursos humanos y económicos, algo que es preciso explicar. No se trababa de una posición inmediata, ya que muchos vieron la decisión intervencionista del monarca como un grave error de cálculo. Así en la propia Castilla durante este periodo se desencadenó una fuerte oposición en las Cortes de 1592-1598<sup>12</sup> y en parte del clero a lo que se consideraba una política extraña a los intereses

---

10 La construcción de la apoyatura jurídica de los derechos de la Infanta en Albert MOUSSET, "Les droits de l'infante Isabelle-Claire-Eugénie à la couronne de France", *Bulletin Hispanique*, 1914, XVI, pp. 46-79; José María IÑURRITIGUI RODRIGUEZ, "«El intento que tiene S.M. en las cosas de Francia». El programa hispano-católico ante los Estados Generales de 1593", *Espacio, tiempo y forma*, serie IV, *Historia Moderna*, t 7, 1994, pp. 331-348.

11 Sobre la importancia de la fe en la motivación del rey, basta con recordar las páginas clásicas de Geoffrey PARKER, *Felipe II*, Madrid, 2000 [1979], pp. 78-ss. El mismo autor hace un hincapié especial en la significación mística que Felipe daba a su política en la década de 1590 en su "A Decade of disasters? Philip II and the World, 1588-1598?", *Actas del Congreso Internacional "Sociedades Ibéricas y el Mar a finales del siglo XVI"*, Tomo II, *La Monarquía, recursos, organización y estrategias*, Madrid, 1998, pp. 315-338.

12 Miguel Ángel ECHEVARRÍA BACIGALUPE, "Las últimas Cortes del reinado de Felipe II (1592-1598)", *Estudios de Deusto*, XXXI/2, julio-diciembre 1983, pp. 329-359; I. A. A. THOMPSON, "La respuesta castellana ante la política internacional de Felipe II", *La Monarquía de Felipe II a debate*, Madrid, 2000, pp. 121-136; "L'audit de la guerre et de la paix: avant et après de Vervins", Jean-François LABOURDETTE/Jean-Pierre POUSSOU/Marie-Catherine VIGNAL (ed), *Le Traité de Vervins*, Paris, 2000, pp. 135-156 y "Oposición política y juicio del gobierno en las Cortes de 1592-98", *Studia Historica. Historia Moderna*, 1997, 17, pp. 37-62; en el mismo volumen que la última referencia v. José Ignacio FORTEA PÉREZ, "Entre dos servicios: la crisis de la Hacienda real a finales del siglo XVI. Las alternativas fiscales de una opción política (1590-1601)", pp. 63-90. Hay que recordar que en estas Cortes tendría un papel destacado el procurador murciano don Ginés de Rocamora y Torrano, sobre él se cuenta con el trabajo clásico de Agustín GONZÁLEZ DE AMEZÚA y MAYO, *Andanzas y meditaciones de un procurador castellano en las Cortes de Madrid de 1592 a 1598*, Madrid, 1953; y es preciso añadir que la próxima publicación de los recientes trabajos de Domingo Centenero de Arce sobre este personaje arrojará mucha más luz sobre los claroscuros de la existencia y el pensamiento de don Ginés.

del reino y dañina por los compromisos fiscales que suponía. Desde otros ángulos muchos ministros del rey consideraban que si el fin era acertado, los medios para lograrlo eran inadecuados. Los que esto opinaban no eran personajes sin importancia, ya que había que considerar en esta categoría desde al sobrino del monarca, Alejandro Farnesio, hasta los ministros más moderados de la Corte de Bruselas, como J.B. de Tassis. Para ellos, dedicar los recursos a la guerra francesa era como arrojarlos al Océano. La imagen que tenían de la nobleza francesa era la de unos aliados de los que sólo se podía tener una seguridad: su hambre de oro. Era mejor destinar estos medios a las propias necesidades internas de la Monarquía. Así en lugar de ayudar abiertamente a los católicos galos, resultaría mucho más inteligente, y eficiente en tanto que económico, poner en práctica medios indirectos de intervención, siguiendo los principios de la razón de estado. Por supuesto, no la del temido *gentil florentino*, sino la cristiana, esa que estaban teorizando en ese mismo momento autores como Botero y, en cierto sentido, Lipsius. Una comprensión que buscaba a la vez ser útil y mantener la moral en la acción política, en cuya línea de reflexión destacaría una generación después don Diego de Saavedra Fajardo. A esta oposición habría que sumar la de los desesperados campesinos castellanos que veían como a la sobrefiscalidad se sumaba ahora el alza de los precios de los alimentos resultado de las malas cosechas y, desde 1596, la llegada de una epidemia espantosa: la peste atlántica. Un contagio que también afectó al norte de Francia y sur de los Países Bajos en fechas similares. Allí, el hastío de la guerra era incluso mayor, ya que ésta no sólo se traducía en una extorsión fiscal continua, sino que las vejaciones y violencias de las tropas, independientemente de su adscripción política-religiosa, eran permanentes. Los soldados, mal pagados y en ocasiones muy poco diferentes de los bandoleros, hacían una guerra *guerreante*.

Pese a lo impopular que podía suponer mantener la intervención en Francia, el rey logró movilizar recursos y personas. Para ello se basó en primer lugar en el principio de lealtad que sus súbditos, coincidieran con sus fines o medios, le debían. Desde los Reyes Católicos la Monarquía hispánica constituía un sistema de dominación en el que la voluntad regia era central en tanto que legitimadora de posiciones políticas y sociales. La autoridad y la gracia del monarca se hacía por lo tanto decisiva para todo aquel que quisiera progresar o incluso mantenerse en una posición social e institucional. El servicio a la Majestad humana no era un elemento gratuito, sino la materialidad terrena del servicio a la

Majestad divina. Ahí residía la gran fuerza de Felipe, pero también lo que él consideraba su deber místico, su forma de servir a Dios como rey. Por lo tanto, el interés (a todos los niveles sociales e institucionales y en todas las acepciones de este término) en seguir la política regia era un elemento determinante a la hora de movilizar los instrumentos que el rey necesitaba para ponerla en práctica. Estos se traducían desde la obediencia y la disciplina fiscal de sus súbditos, pasando por la colaboración de los poderosos locales que debían garantizar la lealtad de aquellos<sup>13</sup>, hasta la propia implicación de los eclesiásticos en la justificación de la política regia. Sin embargo, esta relación no estaba exenta de problemas, sobre todo cuando la remuneración por el servicio no estaba clara o incluso podía parecer contraproducente. Baste recordar el caso de los poderosos que controlaban las ciudades con voto en Cortes, ellos estaban dispuestos a conceder el incremento fiscal que les estaba pidiendo el rey para seguir su política, pero sólo a cambio de ser ellos mismos quienes lo controlaran... y se beneficiaran de él.

Para el rey era inaceptable, iba contra su propia dignidad como soberano ceder tales parcelas, iba contra su dignidad como rey. De ahí su rechazo del servicio que ofrecían las Cortes, de ahí su decisión de realizar la suspensión de

---

13 En las décadas de 1980 y 1990 se ha producido una fuerte renovación sobre el estudio de las oligarquías urbanas entre la que se puede recordar: James S. AMELANG, *La formación de una clase dirigente: Barcelona, 1490-1714*, Barcelona, 1986; A. GUERRERO MAYLLO, *Familia y vida cotidiana de una élite de poder. Los regidores madrileños en tiempos de Felipe II*. Madrid, 1993; Mauro HERNÁNDEZ, *A la sombra de la Corona. Poder real y oligarquía urbana (Madrid, 1606-1808)*, Madrid, 1995; Antoni PASSOLA TEJEDOR, *Oligarquía i poder a la Lleida dels Austrias. Una elit municipal catalana en la fomacio de l'estat modern*, Lérida, 1997; I. A. A. THOMPSON, "Patronato real e integración política en las ciudades castellanas bajo los Austrias", José Ignacio FORTEA PÉREZ (ed.), *Imágenes de la diversidad. El mundo urbano en la corona de Castilla (S. XVI-XVII)*, Santander, 1997, pp. 475-496; Alberto MARCOS MARTÍN, "Oligarquías Urbanas y gobiernos ciudadanos en la España del siglo XVI", *Felipe II y el Mediterráneo*, Vol IV, *La Monarquía y los Reinos*, II, 1999, Madrid, pp. 481-500; Francisco J. ARANDA PÉREZ, *Poder y poderes en la ciudad de Toledo. Gobierno, sociedad y Oligarquías en la Edad Moderna*, Cuenca, 1999; Mauro HERNÁNDEZ, "Oligarquías. ¿Con qué poder?", Francisco José ARANDA PÉREZ (coord.), *Poderes intermedios, poderes interpuestos. Sociedad y oligarquías en la España Moderna*, Cuenca, 1999, pp. 15-48; Jesús BRAVO LOZANO (Ed.), *Espacios de Poder: Cortes, Ciudades y Villas (S. XVI-XVIII)*, Madrid, 2002, II Vols; Julio David MUÑOZ RODRÍGUEZ, *Damus ut Des. Los servicios de la ciudad de Murcia a la Corona a finales del siglo XVII*, Murcia, 2003; Bartolomé YUN CASALILLA, "Mal avenidos, pero juntos. Corona y Oligarquías urbanas en Castilla en el siglo XVI", *Vivir el Siglo de Oro. Poder, cultura e historia en la época moderna. Estudios en homenaje al profesor Ángel Rodríguez Sánchez*, Salamanca, 2003, pp. 62-76.

pagos de 1596<sup>14</sup> y de ahí el inicio del periodo de paces. Los grandes beneficiados de esta decisión fueron esos campesinos cada vez más aplastados bajo el peso fiscal de las contribuciones: en esta ocasión la avidez de su rey y de los poderosos que los gobernaban les había salvado de forma paradójica, ya que la mutua desconfianza entre el señor y los señores les bloqueó a la hora de orquestar adecuadamente el crecimiento fiscal<sup>15</sup>. Les había salvado, al menos de momento.

---

14 Carmen SANZ AYANZ, “La estrategia de la Monarquía en la suspensión de pagos de 1596 y su «medio general»”, *Actas del Congreso Internacional “Sociedades Ibéricas y el Mar a finales del siglo XVI”*, Tomo II, *La Monarquía, recursos, organización y estrategias*, Madrid, 1998, pp. 81-97.

15 El funcionamiento de este sistema de contrapesos y su evolución en el siglo XVII se puede ver en José Javier RUIZ IBÁÑEZ, *Las dos caras de Jano. Monarquía, ciudad e individuo. Murcia, 1588-1648*, Murcia, 1995.

## LA GUERRA DEL MILAGRO. ¿UNA GUERRA SANTA?

No se puede referir simplemente la toma de posición y la participación en la política regia desde una interpretación mecánica de los intereses materiales. La confrontación con los reformados era, en primer lugar, una guerra ideológica. El conflicto con la herejía era un imperativo que muchos ministros y servidores del rey vieron no sólo como éticamente necesario, sino como estratégicamente pertinente ante el carácter agresivo que a sus ojos adquirirían las acciones de los protestantes. Para Felipe la presencia tangible de Dios en el devenir de la política a fines del siglo XVI estaba fuera de discusión, como para la mayor parte de sus contemporáneos. Era Su honor y el de la Iglesia el que se debía defender, y cada uno hacerlo según su oficio. Don Diego de Villalobos y Benavides fue un hidalgo mexicano que estuvo presente en Flandes en la mayor parte de los sucesos de la segunda mitad de la década de 1590. A su vuelta a España encontró el libro manuscrito sobre equitación militar que había dejado su finado hermano mayor Simón. En la introducción que hizo a la edición de esta obra en 1605 desarrollaba su propia visión del carácter trascendente de la guerra:

“Para que la doctrina de este libro tenga provecho al que le quisiere sacar del, tiene necesidad saber primero estar a caballo y ser señor de la silla... encaminándolo todo siempre al servicio de Dios, para que ya que por nuestra imperfección no tengamos los que seguimos la milicia, las virtudes que mas ordinariamente siguieron los Sanctos hagamos diligencia para que con nuestro officio matando y hiriendo, enderecemos nuestras acciones a hazer esto en defensa de la Fe de nuestro señor Iesu Christo, para que con su favor y en su servicio a lançadas y cuchilladas ganemos el cielo, donde después de esta vida gozemos la eterna para siempre jamas”<sup>16</sup>

---

16 Simón de VILLALOBOS, *Modo de pelear a la gineta*, Valladolid, 1605, prólogo al lector.

La necesidad de combatir por el rey y por Dios, y su pertinencia, estuvo presente en la propaganda desplegada tanto desde las propias, y limitadas, instancias reales, como desde las más amplias y desarrolladas que dependían de los municipios o del clero. Básicamente se argumentaba que la lucha que se venía desarrollando era una continuación del combate que el bien libraba contra el Enemigo desde el principio de los tiempos. La política del rey debía ser la política de Dios, y en ese caso Éste le apoyaría. La corrección a la ambición regia que muchos vieron en el fracaso de la Armada Invencible también debió aparecer en la imagen de la frustración de la última gran apuesta del rey llamado Prudente. Sin embargo, la identificación de la política real con el deseo de Dios sí estuvo presente en un número significativo de servidores del rey católico. Su concepción del interés incluía la necesidad de perseverar en el combate de Dios y en la gloria del rey. Para ellos era un imperativo, y la guerra una necesidad. Ministros como el duque de Feria, Esteban y don Diego de Ibarra o el conde Fuentes defenderían en Flandes esta política de halcones. Pero no estaban solos, en los cuadros del ejército muchos soldados veían cómo Villalobos ejercía su oficio como una función mística, una forma de sacerdocio. Por su parte entre los burgueses católicos de los Países Bajos, aunque se reclamaba la paz y se añoraba frente a las “desgracias de estos tiempos”, persistía también una percepción de la necesidad de mantener la guerra hasta lograr una paz *verdadera*. Si para los habitantes de la costa mediterránea la amenaza para la Cristiandad, y para su propio bienestar, era la guerra irregular que se mantenía contra los ataques de los corsarios norteafricanos, para sus semejantes flamencos o brabantones la amenaza directa provenía de las incursiones de las partidas de saqueadores franceses u holandeses (y españoles) que corrían la frontera robando y secuestrando. En su retina quedaban las huellas del desorden religioso y social, de las destrucciones de imágenes realizadas por los calvinistas, en su memoria los relatos de los sacrilegios y martirios de clérigos que desde Japón a Inglaterra y hasta sus propias localidades habían perpetrado los enemigos de Dios.

No, no podía haber paz si no era con justicia en la religión. Para algunos prominentes habitantes de la frontera la elección política pasaba por anteponer el interés ideológico al económico, el trascendente al inmediato. Para ellos no se trataba de una guerra ilegítima entre príncipes cristianos, hija de la ambición territorial o de la emulación entre soberanos. Era ésta una guerra justa, un combate místico y defensivo contra el Mal, un mal que ellos mismos habían conocido e identificaban cada día con las acciones de sus enemigos. Acciones que

por otra parte tendían a disculpar caso que fueran realizadas por los servidores de su rey.

Esta toma de partido por parte de las burguesías flamencas sería firmada en ocasiones con tinta, mediante escritos y panfletos justificando la guerra. Quizá el más espectacular de éstos sea el de Henri de Wachtendonck en el que relataba tanto los combates contra los franceses de la campaña de 1596, como la resistencia de la población flamenca contra los ataques holandeses<sup>17</sup>. Si la toma de partido pública puede ser interpretada como un acto exhibicionista que espera ser recompensado, la existencia de una concepción privada, íntima, del carácter místico de la guerra parece que se confirma al leer el diario de Jean Hendrick, un burgués de Saint-Omer para quien resultaba muy claro que la guerra con sus desgracias provenía de la división religiosa y la agresión de los herejes, calificativo que extendía sin problemas a los franceses<sup>18</sup>. Pero incluso en ocasiones esta opción llegaría a ser rubricada con su propia sangre. Lo que caracteriza a la década de 1590 respecto a los decenios anteriores de la guerra de Flandes es la participación directa de las burguesías urbanas católicas en la defensa armada de su territorio a través de su movilización en forma de milicias, actuando no sólo como auxiliares del Ejército de Flandes en los sitios de 1595 y 1596, sino también bajo su propia iniciativa recuperando en una acción espectacular y sorprendente para sus contemporáneos la plaza de Lier en otoño de 1595, empresa en la que participaría liderando a la burguesía de Malinas el propio Wachtendonck<sup>19</sup>.

La percepción ideológica y religiosa de la guerra era un resultado espectacular de la reacción católica en los Países Bajos durante las décadas de 1570 y 1580. Los más comprometidos entre los partidarios de la política española

---

17 *La Bellone Belgique, contenant LA prinse des villes Calais, Ardres & Hulst. La prinse et re-prinse de la ville de Liere. La retraite de la Paix du Pays-bas. Eglogue. Sonnets sur la diversité du temps. Description d'aucunes cruautez perpetrées par les Huguenots au Pays Bas. Dediée à son altesse Illustrissime l'Archiduc ALBERT Cardinal d'Austiche Par... escuyer, Communemaistre de la ville de Malines*, Amberes, 1596.

18 Como L'Etoile, Jean Hendrick fue un burgués que tomó referencia de los sucesos de su época, aunque él lo hizo desde una óptica claramente confesional, como se puede ver por su diario, conservado en gran parte inédito en la Biblioteca Municipal de Saint-Omer, manuscrito 808. Resulta muy interesante sobre este tipo de escritor el libro de James CASEY, *El vuelo de Ícaro. La autobiografía popular en la Europa Moderna*, Madrid, 2003.

19 José Javier RUIZ IBÁÑEZ, "Monarquía, guerra e individuo en la década de 1590: el socorro de Lier de 1595", *Hispania. Revista Española de Historia*, Madrid, vol. LVII/1, 195 (1997), pp. 37-62.

(desde el propio rey, a sus ministros y militares, los burgueses flamencos y los demás simpatizantes de la confrontación directa con la herejía) debieron verse felizmente sorprendidos por el resultado positivo, para la que entendían era su causa, que tuvieron las operaciones militares tras la declaración de guerra de Enrique IV en 1595. Hasta ese momento el favor divino parecía haber abandonado a las huestes católicas en la guerra trascendente que proclamaban estaban luchando. Pese a algunas pequeñas victorias (los sitios de París y Rouen), la enorme inversión hecha por el rey católico en su gran apuesta política parecía ser dolorosamente infructuosa. Ni la Armada contra Inglaterra, ni el apoyo militar a los partidarios de la Liga Católica, ni la represión de la rebelión de los holandeses había dado resultados positivos. No es de extrañar que el desánimo y la desesperación cundiera, aún más cuando en los años 1593 y 1594 estas fuerzas no sólo no bastaron para conseguir los objetivos deseados, sino que fueron incluso insuficientes para contener a los enemigos. La Liga se descomponía en Francia, los holandeses entraban en Groninga y los marinos de la reina Isabel pronto pretenderían señorear el cálido Caribe, aunque con poco éxito.

En 1595 la angustia mística se recrudecía por la evaluación de lo complicado de la situación geopolítica. Ello explica que la cadena de triunfos militares que siguieron, pese a ser de limitada envergadura, fuera vista como una clara recuperación del favor de Dios después que Éste hubiera utilizado a los enemigos de la fe para purgar a su pueblo de los pecados que había cometido<sup>20</sup>. La perseverancia en su servicio se veía ahora recompensada por la benevolencia con que el Dios de los Ejércitos veía a unas armas católicas que defendían una causa que era la suya. En la explicación de los éxitos militares españoles que se dio entre los miembros letrados del Ejército de Flandes y entre los simpatizantes del rey católico la referencia al carácter milagroso de las diversas acciones de armas protagonizadas por las huestes de Felipe II es continua. Esa implicación de Dios mostraba hasta qué punto había una concordancia entre el servicio a las Dos Majestades y cómo el Padre Eterno no abandonaba a quien le servía. De ser yunque, se proclamaba que a los católicos les tocaba ahora ser martillo, pero no era una simple inversión de papeles: cuando los herejes y sus

---

20 Sobre el discurso propagandista en los Países Bajos españoles ante las victorias católicas v. mi texto "La Guerra Cristiana. Los medios y agentes de la creación de opinión en los Países Bajos Españoles ante la intervención en Francia (1593-1598)", Ana CRESPO SOLANA/Manuel HERRERO SÁNCHEZ (Eds.), *España y las 17 provincias de los Países Bajos. Una revisión historiográfica*, Córdoba, 2002, pp. 291-324.

factores (el término de la época junto a *politiques* para designar a los católicos moderados partidarios del rey de Francia<sup>21</sup>) triunfaban no lo hacían sino como instrumentos de Dios para corregir a su pueblo, pero era un éxito caduco. Ahora, los triunfos católicos se interpretaban claramente como el punto de inicio de una transformación completa del sentido de la guerra.

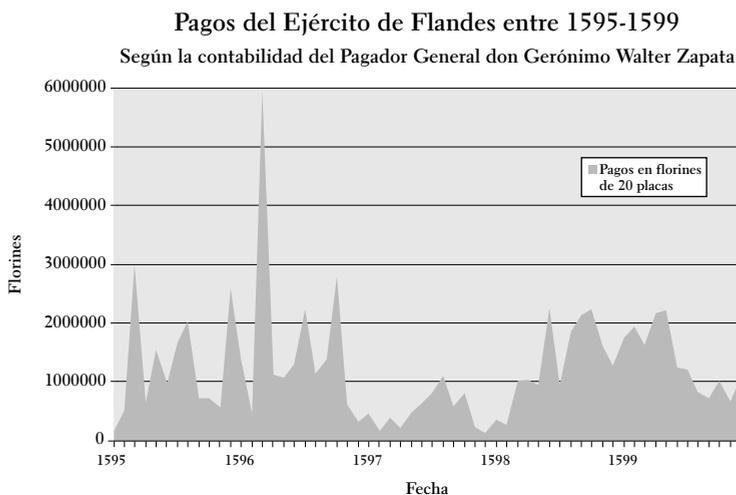
Don Carlos Coloma, el militar y escritor valenciano, mostraba estas cosas con una cierta distancia en su Crónica de los sucesos de esos años, unos combates que en parte él mismo protagonizara. Redactada más de quince años después es un texto de una gran riqueza, cuya escritura se realizó desde una óptica alejada que permitía ver estos sucesos dentro de un cuadro más global, más técnico en lo militar y en lo político. Don Carlos recordaba hasta qué punto la fortuna podía ser caprichosa y que era ella, tanto como los milagros, la que definía el carácter aleatorio de la guerra, así fue en el “suceso de la batalla de Dorlan, escrita por tantos y tan variamente, y de que apenas hacen mencion los escritores franceses conforme a su costumbre, como si no fuesen las armas jornaleras, como ellos dicen”. Esta versión está fundada por el tacitismo de su autor y parece que evacúa un poco el carácter místico de la guerra. Don Carlos escribía desde la experiencia y la distancia, pero él mismo, aunque no simpatizaba especialmente con la política francesa de su señor, posiblemente no dejó de ver, o de querer ver, la mano de Dios en las victorias en las que el mismo tomaba parte. En esa misma batalla de Doullens, que antes se evocaba, por ejemplo, la caballería bajo su mando desbarató a la temida gendarmería francesa haciendo gran número de prisioneros y muertos. Agradecido por lo que le tocó del rescate de uno de estos prisioneros (del conde de Belin que había sido gobernador de París) Coloma hizo ofrenda de gratitud de una lámpara de plata a la capilla de los españoles en Bruselas que estaba, y no es nada casual, dedicada a la Virgen del Rosario<sup>22</sup>.

---

21 Un término muy complejo y usado con demasiada facilidad; v. sobre su caracterización Christopher BETTISON, “The Politiques and the Politique Party: a Reappraisal”, Keith CAMERON (ed.), *From Valois to Bourbon: Dynasty, State and Society in Early Modern France*, Exeter, 1989, pp. 35-49; Mack P. HOLT, “La paix de Vervins et l’Edit de Nantes: une victoire des politiques”, Jean-François LABOURDETTE, Jean-Pierre POUSSOU/Marie-Catherine VIGNAL (ed), *Le Traité de Vervins*, Paris, 2000, pp. 297-310.

22 Carlos COLOMA, *Las guerras de los Estados-Bajos, desde el año de 1588 hasta el de 1599*, Madrid, 1948 (BAE XXVIII), p. 115. Sobre su don a la virgen del Rosario y su significación v. Robert DESCIMON/José Javier RUIZ IBÁÑEZ, *Pour la Religion contre Henri IV. Le refuge catholique français après 1594*, Paris, 2004, capítulo I.

Que un personaje como Coloma pudiera verse influido por este ambiente de movilización religiosa, no quería decir que él, o los gobernantes españoles, fiaran todo al mero favor divino. El dinero era el nervio de la guerra y éste se gastó con entusiasmo, pero de forma irregular, como se puede ver en el gráfico adjunto<sup>23</sup>:



Los recursos llegaban a Flandes con la regularidad suficiente para garantizar las condiciones en las que se pudiera esperar la ayuda divina al menos en 1595 y 1596. La simetría entre el gasto y el éxito militar se rompió en 1597. De hecho, los viejos temores de un colapso político español en el norte de Europa

23 Este gráfico procede de la contabilidad de don Jerónimo Walter Zapata, una información exhaustiva que permite conocer día a día los gastos puntuales del Ejército de Flandes y que está conservada en el Archivo General de Simancas, Contaduría Mayor de Cuentas, Segunda época, legajo 877, "Don Jerónimo Walter Zapata, pagador gnral del ejército de su majestad en los Estados de Flandes, Relación jurada de la DATA de lo que ha distribuido de los dineros paños y vestidos de munición de su magd que han sido a su cargo desde principio del año de 1595 que comenzó a ejercer el dho oficio en adelante asta que lo dejó de ejercer, todo ello por ordenes, libranzas, recaudos y cumplimientos de los gobernadores y capitanes generales de dihos estadosexto y Armada naval despachados despachados por los oficios de su majestad tanto en el sustento ordinario de la gente de guerra del dicho ejército y Armada naval como de otras cosas extraordinarias dependientes del, como mas particularmente parece por el resumen y pie general que se hizo al fin desta relacion jurada". Las cantidades que aparecen en el gráfico son florines de 20 placas. Para hacerse una idea de su magnitud se puede recordar que el real castellano equivalía a unas 5 placas y que un jornal de un trabajador no especializado podía oscilar en este momento entre los 2-2,5 reales.

se actualizaron tras la recepción de la noticia de la suspensión de pagos llevada a efecto por el rey. Carentes de recursos, los gobernantes hispanos de Bruselas se vieron impotentes para organizar una nueva campaña militar contra el norte de Francia, al tiempo que los holandeses hacían pedazos a una parte del Ejército de Flandes en Tournont.

El largo, y muy frío, invierno de 1596-1597 fue un espacio de angustia política. Basta contemplar los estados de gasto de la Pagaduría General del Ejército para comprender el nivel de desamparo y decepción en el que se encontraba la posición española y el abismo que se abría a la Monarquía como conclusión a la aventura en la que la había embarcado Felipe II. En este contexto la conquista gracias a un golpe de mano de Amiens en febrero de ese mismo año fue saludada abiertamente como el milagro por el que Dios socorría a su pueblo en los momentos de mayor aflicción. Si para la mayor parte de los enemigos, de los historiadores e incluso para alguno de los aliados de la Monarquía hispánica la conquista de la plaza fue una muestra de la potencia militar del rey de España y de sus inagotables recursos, para quien conocía realmente la situación de sus finanzas la sorpresa de Amiens no podía ser vista más que como un gran golpe de suerte que manifestaba cómo el azar intervenía en la vida de los hombres.

Sorprende que los historiadores, casi hasta el presente, hayan seguido viendo la expugnación de esta plaza desde la representación que de ella hicieron los contemporáneos. Era una imagen especialmente útil para la historiografía nacionalista francesa fundada en la figura heroica de Enrique IV, cuya reconquista de Amiens, tras un famoso asedio de varios meses, reforzaría su imagen de padre salvador de la patria contra los supuestamente inagotables recursos del rey de España. La realidad quizá no fue ni tan heroica ni tan mística. Las “armas son jornaleras” y cuando en septiembre las tropas reunidas con enormes esfuerzos desde Bruselas intentaron socorrer a la guarnición de Amiens, el bloqueo francés se mostró suficientemente eficaz para evitar su entrada. Tras su retirada la guarnición no tuvo otra opción que rendirse. La devolución de la plaza cerraba, posiblemente, el punto culminante de la política española en Europa<sup>24</sup>.

---

24 La bibliografía sobre la toma de Amiens por parte de las tropas del rey católico en Olivia CARPI/José Javier RUIZ IBÁÑEZ, “Les noix, les espions et les historiens. Penser la prise d’Amiens, le 11 mars 1597”, en prensa.

Un momento del que quedan escasos pero significativos vestigios, aunque hay que recordar cómo bastantes de los españoles (e irlandeses, alemanes, italianos, wallones y, en menor medida, franceses) que defendieron la villa que otrora evangelizara san Fermín quedaron enterrados en ella. Sus reliquias acompañarían a las que supuestamente pertenecieron a la cabeza de san Juan Bautista, pero desde luego serían mucho menos recordadas que las del santo mártir. Todavía hoy, no obstante, el viajero que visita la espléndida catedral gótica de esta ciudad del Somme puede encontrar el obituario de Hernán Tello Portocarrero<sup>25</sup>, el gobernador español de la villa que reside para siempre conquistado por su conquista, desplazado, eso sí, del altar mayor donde le habían dejado enterrado sus hombres, por orden expresa del rey de Francia pese a que en la Capitulación se había comprometido a respetar las tumbas de sus enemigos. No fue el único que restó, entre otros quedaría un joven murciano, y seguramente buen amigo del mexicano Villalobos, don Alonso de Santa Cruz Fajardo, que también encontró su última morada allí, tras ser abatido al realizar una salida contra las fuerzas asediadas. Fue por su alma por la última que las campanas de la villa doblaron durante el asedio<sup>26</sup>.

Estos muertos, todos aquellos que no podemos conocer, y su memoria, son elocuentes restos del naufragio del proyecto de hegemonía que la Monarquía hispánica realizó sobre Europa, una hegemonía que pasaba por su proyección como Monarquía de los Católicos que aglutinara a un continente hacia el exterior y como Monarquía de España que contuviera a los descontentos hacia el interior.

Las dos caras de un Jano que unía en una misma entidad tanto la capacidad de movilizar recursos, como los medios de emplearlos en una proyección global. Las osamentas de los que restaron, bien que a su pesar, en Amiens, sirvan pues de piedra miliar del territorio que llegó a alcanzar esa propuesta global de

---

25 Sobre Hernán Tello, v. Cesáreo FERNÁNDEZ DURO, *Hernán Tello Portocarrero y Manuel de Vega Cabeza de Vaca, capitanes de gloriosa memoria*, Madrid, 1895.

26 Diego de VILLALOBOS Y BENAVIDES, *Comentarios de las cosas sucedidas en los Países Baxos de Flandes desde el año de mil quinientos y noventa y quatro hasta el de mil y quinientos y noventa y ocho*, Madrid, 1611, p. 125. “Mataron una noche destas al Alférez don Alvaro de Santa Cruz natural de Murcia hijo de don Geronimo de Santa Cruz cavallero de aquella ciudad aviendo echo mucho con veynte soldados de su compañía y retirandose ya por ver si alguno se le quedava se subio a un alto por sentir el ruydo y alli una vala que venia desmandada le dio por la garganta y le mato, fue enterrado en San Francisco y fue el postero por quien se doblo que de alli adelante se mando no se doblasse por ninguno por no dar esse gusto a los del campo Frances...”.



Tumba atribuida a Hernán Tello Portocarrero en la Catedral de Amiens.

liderar una plena recuperación confesional de Europa bajo las banderas de los Habsburgo y garantizando el monopolio del comercio americano.

La rendición española de Amiens y la propia paz de Vervins marcaban en 1598, en efecto, el final del sueño de hegemonía católica que había identificado Felipe II con la propia política que debía seguir su Monarquía. La misma firma del tratado de paz con Francia significaba el reconocimiento como rey cristianísimo de Enrique IV, a quien no se había estimado por parte de la Corona española ni como soberano, ni siquiera como católico, a pesar de la absolución pontificia que generosamente le había otorgado Clemente VIII en 1595. Los años de guerra no lo habían sido, al menos en derecho, para Felipe II, quien no consideraba estar en guerra con Francia, por la sencilla razón de que negaba la autoridad de Enrique de Navarra a declararla. Firmar la paz ahora con el rey de Francia era asumir que sí lo era, y, peor aún, también reconocer el fracaso de sentar en el trono de san Luis a un aliado seguro, a un satélite fiable en la confrontación con la herejía. De hecho, lo que se venía a reconocer era que como en tiempos de Carlos V la Monarquía hispánica era uno de los dos grandes poderes de la Cristiandad católica, pero que no se podía identificar con su órgano director en lo político.

Felipe, y sus sucesores, ya no podrían aspirar a ser el rey de los católicos, se tendrían que conformar con su título de rey católico, de ser simplemente una de las dos luminarias de la tierra. Así pues, aunque la imagen del patronazgo de la causa católica siguiera siendo asignada de forma interesada al rey de los reinos de España, en realidad esto no era sino un reflejo, una sombra en el presente del gran proyecto de Felipe II. Años después el rey Sol, nieto de Enrique IV y biznieto del propio Felipe, disputaría a los Habsburgo, y con bastante éxito, la función de campeón de la intolerancia católica<sup>27</sup>.

---

27 Sobre la percepción de España y lo español en el siglo XVII en general y en el ambiente del rey Sol en particular v Jean-Frédéric SCHAUB, *La France Espagnole. Les racines historiques de l'absolutisme français*, Paris, 2003.

## EL REY DE LOS CATÓLICOS... ¿FRANCESES?

Lo importante de la ruptura que significa la paz de Vervins, al reducir a la Monarquía hispánica a ser un simple poder político más, lleva a reflexionar sobre las razones y posibilidades que se abrían para el poder de Felipe cuando sí era identificado por los diversos núcleos de movilización católica como el aliado natural, el guía por excelencia. El eclipse del reino de Francia desde la muerte de Enrique II y la atonía imperial ante la falta de dinamismo de Fernando I, Maximiliano II y Rodolfo II había dejado el campo de actuación libre para que la opción de lucha por la vieja religión fuera asumida como una opción española, porque sólo el rey de Castilla y sus Indias podía suministrar los recursos y las ayudas necesarias para desarrollar este combate. Esta imagen se reforzaría por el claro liderazgo mostrado por el monarca castellano en la confrontación contra los siempre temidos otomanos. Así pues, desde los diversos rincones de Europa en los que los católicos se consideraban agredidos y amenazados se comenzó a buscar desde muy temprano, pero cada vez más, la ayuda española.

Los católicos ingleses descontentos con la aplicación de una política confesional por Isabel I, los irlandeses aplastados por esa misma política y por el desarrollo de las plantaciones inglesas, los escoceses que añoraban la restauración de su reina María, o los habitantes de la Valtellina que deseaban librarse de sus señores, las ligas grises, que sumaban a la dominación feudal la diferencia religiosa, todos ellos, y tantos más, dirigieron sus miradas y sus peticiones económicas al rey de España, porque, amparado tanto en su fiscalidad castellana e italiana cuanto en la plata americana, era del único que se podía esperar que respondiera. Sin embargo, ante semejante demanda ni un Océano de plata hubiera bastado para satisfacer a tanto voluntarioso aliado, y Felipe sólo era señor de un continente y medio.

Lo significativo no era la ayuda que pudiera prestar, o la que prestó, sino las expectativas de alianza y dependencia que los diversos agentes centraban en su relación interesada con la Monarquía de Felipe II. Esa imagen de protector de los católicos, y cabeza de la Cristiandad, de Felipe alcanzó tal difusión que incluso en Francia, el reino que había disputado a su padre con tanto éxito la hegemonía europea, se desarrolló un amplio sentimiento católico que podía derivar en una comprensión de la necesidad de la alianza con el rey de España como la única opción posible para salvar a la antigua religión en el solar de san Luis.

Fue la constatación de esta simpatía proespañola, junto con la esperanza en los derechos de su hija y la fe en la ayuda de Dios lo que se sustentó la propuesta filipina de intervención en Francia. Francia era el reino más poblado de Europa y conseguir formar un bloque católico con ella como subordinada era la vía para culminar el designio confesional del rey y las viejas aspiraciones dinásticas de la Casa de Borgoña. Por otra parte, la muestra de hispanofilia entre diversos sectores de la población del reino francés tenía una significación novedosa respecto a anteriores y ulteriores alianzas coyunturales de grandes nobles franceses con el poderoso vecino español. A diferencia del Condestable de Borbón en la década de 1520<sup>28</sup>, del príncipe de Condé en la de 1600<sup>29</sup> o del Gran Condé en la de 1650, ahora el recurso al rey católico no era una simple sustitución de una adscripción clientelar, sino una apuesta ideológica frente a una situación que se juzgaba como intolerable. Esto era una novedad en el reino de Francia, ya que la pedagogía política desarrollada a lo largo de la primera mitad del siglo se había fundado en la emulación de la Monarquía hispánica. Ahora el desarrollo de esta sensibilidad abría, al menos a primera vista, la puerta a la gran estrategia de Felipe II, una estrategia que haría del binomio guerra y decadencia el medio y la conclusión de su existencia.

---

28 El condestable de Borbón es un personaje que siempre ha atraído la atención de los historiadores, recientemente v. Vincent J. PITTS: *The man who sacked Rome. Charles de Bourbon, Constable of France (1490-1527)*, Nueva York-Frankfurt-Berna, 1993; Jean-Jöel BRÉGEON, *Le connétable de Bourbon*, París, 2000; Antonio di PIERRO, *Il sacco di Roma. 6 maggio 1527: l'assalto dei lanzichenecchi*, Milán, 2002; Denis CROUZET, *Charles de Bourbon, connétable de France*, París, 2003.

29 Sobre el exilio del príncipe de Condé v. Paul HENRARD, *Henri IV et la Princesse de Condé, 1609-1610. Précis Historique suivi de la correspondance diplomatique de Pecquius et d'autres documents inédits*, Bruxelles, 1870.

Maquiavelo, ese gentil florentino, como se lo consideraría a fines del siglo XVI, no se equivocó cuando escribió en el libro IV de su *Príncipe*:

“El rey de Francia... se encuentra colocado en medio de una antigua multitud de señores, cuya situaciones reconocida por sus súbditos y que, a su vez, son amados por éstos. Tales señores tienen sus privilegios, que el rey no les pueda arrebatarse sin correr serio peligro... En los reinos gobernados como el de Francia... puedes entrar con facilidad si te ganas algún noble del reino, ya que siempre es posible encontrar descontentos y partidarios de los cambios. Estos... te pueden abrir las puertas de aquel estado y facilitarte la victoria, la cual, sin embargo, si pretendes mantenerte trae después consigo infinitas dificultades, tanto por parte de aquellos que te han ayudado, como por parte de los que has oprimido. Aquí ya no te basta con extinguir la familia del príncipe, puesto que siempre quedan aquellos señores, los cuales se eligen en cabezas de nuevas insurrecciones. Dado que no puedes ni contentarlos ni destruirlos, perderás aquel estado a la mínima oportunidad que se presente”.

En efecto, el fracaso de la apuesta del llamado rey Prudente en su intento francés es una muestra ilustradora de los límites que una política apoyada en la identificación ideológica tenía en el siglo XVI; el caso francés es clarificador para entender que en la propia oportunidad de intervención se encontraba el germen del ulterior fracaso. Eso se entiende mejor si se recuerda la propia ambigüedad del término *proespañol* (quizá sea más adecuado remitir a su versión francesa de época: *espagnolissant*), cuando éste aparece en las fuentes contemporáneas. Las múltiples acepciones que se le otorgan evocan la complejidad de las concepciones que los aliados de Felipe podían tener... y la dificultad de hacer una política común con ellos. Así, bajo ese calificativo se podía definir a aquellos que veían en la opción española una mera fuente de financiación en la guerra civil que se estaba desarrollando en Francia. También era posible que esta simpatía naciera de una identificación con el modelo religioso que la reforma católica estaba desarrollando en España, pero ello no implicaba que se deseara dar a la Monarquía de Felipe II más que una función de alianza en relación de igual a igual. Dentro de esta sensibilidad habría que considerar que quienes sí veían a los españoles como aliados era simplemente en contraposición a los herejes, pero sin mayor aspiración, ni proyecto de subordinación. En suma, entre los que buscaron mediante cartas, memorias y embajadas secretas

la ayuda de Felipe II había los típicos señores de la guerra que mantuvieron abierta esta línea de contacto como una carta más para poder tomar posición en un momento determinado y garantizar una fuente de doblones<sup>30</sup>.

El discurso de oposición a la posibilidad de tener un rey protestante que se complementaba con la simpatía hacia el modelo español era lo suficientemente amplio como para permitir la incorporación al movimiento de la Santa Unión de los Católicos de Francia de amplios sectores de la nobleza y la burguesía de la antigua religión. Sin embargo, cuando ya no se trató de movilizarse contra algo, sino de definir una política propia, un proyecto común, fue cuando las diferencias internas al propio movimiento, las múltiples aspiraciones de cada persona, colectivo y estamento, las variadas razones que habían llevado a cada cual a la rebelión se hicieron visibles y redujeron el partido a la inoperancia política primero, a la atonía después y a la desintegración finalmente; una desintegración que llegaría incluso a hacer olvidar su memoria y a ver que el recuerdo que se tendría de él procedería más de los discursos de sus enemigos que de la propia experiencia<sup>31</sup>.

La complejidad del movimiento y los límites de su coherencia política se hicieron evidentes en los Estados Generales de 1593<sup>32</sup>. Frente a los ministros del rey católico que proponían el reconocimiento de Isabel Clara Eugenia como reina de Francia, se levantó una enorme alianza de los diversos poderes que integraban la Liga y no estaban dispuestos a verse subordinados a lo que ellos veían como un mero aliado, el rey de España. Los diferentes órdenes se opondrían a este designio: desde la gran nobleza –del duque de Mayenne a su sobrino el de Guise, del de Mercoeur al de Joyeuse– a los miembros del *Parlement*

---

30 Casi cada caso es un ejemplo en sí mismo; lo que se puede ver a través de algunos ejemplos notables: Serge BRUNET, “L’attente des Espagnols à Toulouse et en Comminges à la fin des Guerres de Religion (1588-1603)”, *Actes du 52ème Congrès de la Fédération des Sociétés académiques et savantes (Languedoc-Lyonais-Gascogne). Saint Gaudens, juin 1999*, 2001, pp. 219-251; “Anatomie des réseaux ligueurs dans le sud-ouest de la France (vers 1562-vers 1610)”, Nicole LEMAITRE (dir.), *Religion et Politique dans les sociétés du Midi*, Paris, 2002, pp. 153-191; Nicolas LE ROUX, “Guerre civile, entreprises maritimes et identité nobiliaire. Les imaginations de Guy de Lanssac (1544-1622)”, *Bibliothèque d’Humanisme et Renaissance*, LXV, 2003-3, pp. 529-569.

31 Marco PENZI, “La manière d’écrire l’histoire de la Ligue ou l’histoire vue de la part des vaincus” ponencia presentada al *Seminario Interdisciplinar: las relaciones entre teoría y práctica política*, Murcia, nov. 2001, en prensa.

32 Auguste BERNARD DE MONTBRISON (Ed.), *Procès-verbaux des Etats Généraux de 1593*, Paris, 1842; Henri DE L’EPINOIS: “Les derniers jours de la Ligue. La France en 1592. Etats de 1593 – Absolution d’Henri IV”, *Revue des questions historiques*, vol. 34, 1883, pp. 34-114; B. ZELLER, *Les états de la Ligue. Le Roi national 1593-1594*, Paris, 1888.

de París, pasando por una parte importante del clero –con el obispo de Senlis, el muy radical y no menos sulfuroso Guillaume Rose a la cabeza<sup>33</sup>– hasta una notable representación de la burguesía urbana. Todos y cada uno de estos sectores, y de las personas que los integraban, hubieran estado encantados de contar con la ayuda española para liderar el movimiento y, desde luego, eran pocos a los que repugnaba tomar los famosos doblones de España, pero de ahí a dejarse llevar por la política escurialense mediaba un abismo. Pero si casi todos estaban de acuerdo en bloquear la propuesta de Felipe II, eran pocos, por no decir ninguno, quienes desde el ámbito católico podían ejercer un liderazgo que aglutinara las diversas sensibilidades, que satisficiera los múltiples intereses.

La conversión de Enrique IV, ya se ha evocado aquí, resolvió las contradicciones de la Liga forzándola a su propia desaparición. El mismo término *espagnolissant* era enormemente peligroso para la política del rey católico ya que fue esgrimido como sinónimo de traidor por parte de la propaganda realista en la última guerra de religión<sup>34</sup>. En efecto, todo aquel que no se sometía al victorioso Enrique era estigmatizado al instante como venal, como factor del enemigo natural, que intentaba ahora introducirse en Francia para socavar los sólidos cimientos del reino. Una hispanofobia fuertemente cargada de antisemitismo se convirtió en un arma ideológica de gran potencia simbólica a la hora de desprestigiar a la Liga. Así pues, la construcción interesada de esta categoría política vino a representar el mecanismo ideal para acelerar la destrucción del partido, dado que era una concepción que repugnaba enormemente a la identidad francesa y de la que no resultaba difícil excluirse ante la inteligente política de reconciliación del rey. De esta forma, los antiguos rebeldes podían ahora reinterpretar su resistencia al poder de Enrique como una forma de servicio religioso, no como un acto político, ya que una vez vuelto al seno de la vieja religión, cesaba esa resistencia. Esto también permitía concentrar la culpa del desorden y la guerra en esos *espagnolissant* residuales que no eran sino malos franceses

---

33 Sobre las ideas políticas de este clérigo v Charles LABITTE, *De la Democratie chez les prédicateurs de la Ligue*, Ginebra, 1971, pp. 64-66; John H. M. SALMON, “An alternative Theory of popular Resistance: Buchanan, Rossaeus and Locke”, *Diritto e potere nella storia europea. Atti in honore di Bruno Peredia*, Olschki, 1982, pp. 823-849.

34 Sobre la propaganda realista a fines de las guerras de Religión v. Myriam YARDENI, *La conscience nationale en France pendant les Guerres de Religion (1559-1598)*, París, 1971, pp. 265-ss; Denis CROUZET, *Les guerriers de Dieu. La violence au temps des troubles de Religion, vers 1525-vers 1610*, Seyssel, 1990, vol. II, pp. 574-ss

a los que se consideraba extrañados del cuerpo mismo del reino. Quienes se opondrían a la política real serían presentados en adelante como aquellos que tenían “l'espagnol au ventre”<sup>35</sup>.

Este proceso de exculpación colectiva se dio a todos los niveles imaginables y sirvió como base para la reconstrucción del reino de Francia bajo el atento gobierno de Enrique IV. El primer Borbón comprendió que esta focalización de la culpa permitía legitimar las posiciones obtenidas por quienes ahora se pasaban a su bando al borrar su responsabilidad. El rey obtenía así fieles súbditos que serían los primeros en olvidar, y hacer olvidar, su participación en un movimiento político cuya amplitud iba mucho más que a la mera definición religiosa del soberano. Por otra parte, estos nuevos aliados del rey eran verdaderamente poderosos, ya que entre ellos se incluía desde la gran nobleza católica, que había intentado reemplazar la propia autoridad del monarca, hasta los líderes moderados de la reacción católica urbana<sup>36</sup>. Todos ellos conservaban sus posiciones, pero no lo harían como si nada hubiera pasado. Su propia sumisión al rey reforzaba la imagen de éste como poder eminente, como autoridad suprema, lo que abría un nuevo periodo en el cual se desarrollaría una novedosa concepción de Monarquía y, no hay que olvidarlo, de catolicismo real.

El desarrollo de los sucesos de la Liga católica muestra la posibilidad de intervención del rey de España en los territorios de otros príncipes, pero también evidencia cómo esta capacidad de ampliar su espacio de influencia se veía muy determinado por la diversa comprensión, la percepción diferencial y las reacciones que dicha política acarrearía. Para algunos, la mayoría, el desarrollo de una política activa por parte de los ministros de Felipe II sería un verdadero *Hannibal ad portas!*, un toque de atención a la existencia de una amenaza exterior hereditaria que ponía en peligro las propias bases de su sociedad. Pero para otros sí que se identificó la alianza del rey católico como *la* opción política, el único remedio para los males de Francia y de la Cristiandad. Así, frente a los que proclamaban que los lazos de unión entre los franceses se anteponían a la querrela religiosa, éstos entendían que la única forma de ser francés era ser católico y para ello se imponía la alianza, y la dependencia, con quien compartía el mismo credo.

---

35 Esa expresión de Enrique IV la muestra Serge BRUNET en su memoria de habilitación para dirigir investigaciones titulada precisamente así “De l'Espagnol dans le ventre”. *Les catholiques du Sud-Ouest de la France face à la Réforme (vers 1540-1589)*, París, 2003, p. 711.

36 Este proceso ha sido estudiado por Annette FINLEY-CROSWHITE, *Henry IV and the Towns. The Pursuit of Legitimacy in French Urban Society, 1589-1610*, Cambridge, 1999.

## LOS FRANCESES DE FELIPE II

Para poder comprender las razones de este grupo, realmente proespañol, es preciso en primer lugar superar la herencia intelectual que supone la construcción de la memoria y la historia académica en Francia y España desde entonces. Es necesario comprender en sí mismo el movimiento de la Liga, singularmente la urbana, e intentar saber cómo se organizó este partido de Dios. Es imperativo saber quiénes eran los *Seize* (los componentes del núcleo del partido radical), para aproximarse a las razones que llevaron a cada uno de ellos a implicarse en un conflicto místico, al tiempo que intentaban buscar la satisfacción de sus propios intereses políticos, sociales y económicos. Esto se puede hacer ahora mejor que antes debido a la renovación de la historia social desde la década de 1980 y la adopción como posible de un punto vista que asume la decisión de estos *ligueurs* radicales como una opción tomada en contexto concreto y desde una racionalidad subjetiva<sup>37</sup>. Es evidente que parte de sus inte-

---

37 Desde mediados del siglo XX ha habido un interés creciente por interpretar la Liga, esencialmente la parisina, como organización política, siendo sus principales jalones los trabajos de H.G. KOENIGSBERGER, "The organization of revolutionary parties in France and the Netherlands during the Sixteenth Century", *Journal of Modern History*, 1955, vol. 27, n° 4, pp. 335-351; John H. M. SALMON, "The Paris Sixteen, 1584-1594: The Social Analysis of a Revolutionary Movement", *The Journal of Modern History*, XLIV/4, 1972, pp. 540-576, para culminar en los textos de Elie BARNAVI, "La Ligue Parisienne (1585-1594). Ancêtre des partis totalitaires modernes?", *French Historical Studies*, XI/1, 1979, pp. 29-57; *Le parti de Dieu. Etude sociale et politique des chefs de la Ligue parisienne, 1584-1594*, Bruselas-Lovaina, 1980; y "Fidèles et partisans dans la Ligue parisienne (1585-1594)", Yves DURAND (edit), *Hommage à Roland Mousnier. Clientèles et fidélités en Europe à l'époque Moderne*, Paris, 1981, pp. 139-152. Una aproximación que se centraba más en el análisis social de lo político dentro de un marco de comprensión de la defensa de los privilegios urbanos como nexo de unión ideológico de los integrantes de la Liga serían los trabajos de Robert DESCIMON, "La Ligue à Paris (1585-1584): une révision", *Annales ESC*, 1982, n° 37, 72-111; "Prise de parti, appartenance sociale et relations familiales dans la Ligue parisienne (1585-1594)",

grantes eran simplemente personajes que buscaban su mero beneficio inmediato a costa de la desgracia de los demás y de la maleabilidad de los discursos políticos. Pero la Liga no era la única en contar con este tipo de personajes, por lo demás una de las raras constantes en la historia. Que algunos de los partidarios de Felipe II fueran especialmente venales no puede servir para calificar al conjunto. Resulta demasiado sencillo, y este tipo de explicaciones simples deben de ser rechazadas por el historiador. Ciertamente entre los radicales se

---

Bernard CHEVALIER et Robert SAUZET (eds.), *Les Réformes Enracinement socio-culturel*, Paris, 1985, pp. 123-136; *Qui étaient les seize? Mythes et réalités de la Ligue parisienne (1585-1594)*, Paris, 1983; "Solidarité communautaire et sociabilité armée: les compagnies de la milice bourgeoise à Paris (XVI<sup>e</sup>-XVII<sup>e</sup> siècles)", *Sociabilité, pouvoirs et société (Actes du colloque de Rouen, novembre, 1983)*, Rouen, 1987, pp. 599-610; "Les Parisiens, la Ligue et Henri IV (1585-1610)", *Henri IV. Le roi et la reconstruction du Royaume*, Pau, 1990, pp. 25-40; y "Milice bourgeoise et identité citadine à Paris au temps de la Ligue", *Annales ESC*, 48/4, 1993, pp. 885-906. Dentro de este momento de reflexión conjunta de la Liga desde la política y la organización social destacan también los escritos de Robert HARDING, "Revolution and Reform in the Holy League: Angers, Rennes, Nantes", *Journal of Modern History*, 53/ 3, 1981, pp 379-416; Mark GREENGRASS, "The «Sainte Union» in Provinces: the case of Toulouse", *Sixteenth Century Journal*, 1983, n° 4, pp. 469-496; Elie BARNAVI/Robert DESCIMON, *La sainte Ligue, le juge et la potence. L'assassinat du président Brisson (15 novembre 1591)*, Paris, 1985; W. KAISER, *Marseille au temps des troubles. Morphologie sociale et luttes des factions (1559-1596)*, Paris, 1991; Sharon KETTERING, "Political Parties at Aix-en-Provence in 1589", *European History Quartely*, 24, 1994, pp. 181-211; Yves DURAND, "Les républiques urbaines en France à la fin du XVI<sup>e</sup> siècle", *Société d'histoire et d'archéologie de l'arrondissement de Saint-Malo, Annales*, 1990, p. 205-244; Michel CASSAN, *Le temps des guerres de Religion. Le cas du Limousin (vers 1530-vers 1630)*, Paris, 1996; Annette FINLEY-CROSWHITE, "Henri IV et les villes", *Henri IV. Le roi et la reconstruction du Royaume*, Pau, 1990, pp. 207-220; *op. cit.*, Cambridge, 1999; Stéphane GAL, *Grenoble au temps de la Ligue. Etude politique, sociale et religieuse d'une cité en crise (vers 1562-vers 1598)*, Grenoble, 2000; "Peurs urbaines et engagements politico-religieux au XVI<sup>e</sup> siècle: l'exemple de la Ligue grenobloise", *Histoire Economie et Société*, 2001-1, pp. 3-23, y Stuart CARROLL, "The Revolt of Paris, 1588: Aristocratic Insurgency and the Mobilization of Popular Support", *French Historical Studies*, 23/2, 2000, pp. 301-337, quien insiste en la vieja idea de G. Mattingly de presentar a la Liga Urbana como una extensión de la Liga nobiliaria. Respecto a la ideología de la Liga, junto con las obras de divulgación, es preciso recordar las publicaciones clásicas, y aún útiles, de Charles LABITTE, *op cit*, Paris, 1841, (reprint Ginebra, 1971). Georges WEILL, *Les théories sur le pouvoir royal en France pendant les guerres de Religion*, Paris, 1891 (reprint Ginebra, 1971) y la más próxima de Roland MOUSNIER, *L'assassinat d'Henri IV*, Paris, 1964. Más recientemente Frederic J. BAUMGARTNER, "The Catholic Opposition to the Edict of Nantes 1598-1599", *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance*, XL, 3, 1978, pp. 325-336; Raymond DARRICAU, "Princes et peuples dans leur réciproque fidélité chez les docteurs catholiques de Bellarmin à Muratori", Yves DURAND (dir.), *Hommage à Roland Mousnier. Clientèles et fidélités en Europe à l'époque moderne*, Paris, 1981, pp. 25-55; Richard A. JACKSON, "Elective Kingship and Consensus Populi in Sixteenth Century France", *The Journal of Modern History*, XLIV, n ° 1, 1972, pp. 155-171; David A. BELL, "Unsmaking a King: The Political Uses of Popular

podía encontrar sin demasiada dificultad a los *minotiers*, los que cobraban las pensiones del rey de España, pero eran algo más que eso.

En el mes de agosto de 1596, en la catedral de santa Gudula de Bruselas se celebraron las exequias del mariscal de Rosne, Chrétien de Savigny. La procesión que acompañó el cuerpo al tempo estaba presidida por los escudos heráldicos del rey de Francia y los de Felipe II. Aunque de origen lorenés, el finado era uno de los miembros más prominentes de la comunidad francesa que tras la derrota ante Enrique IV en 1594 se había refugiado en los Países Bajos católicos dispuestos a seguir su combate por la religión católica. Contando con una causa, pero sin los medios para desarrollarla, estos franceses del rey de España,

---

Literature under the French Catholic League, 1588-1589”, *Sixteenth Century Journal*, XX, 3, 1989, pp. 371-386. John H. M. SALMON, “La théorie catholique de la résistance, l’ultramontanisme et la réponse royaliste 1580-1620”, *Histoire de la pensée politique moderne*, James Henderson Burns (dir.), Paris, 1997 (1991), pp. 199-229; Denis CROUZET, *op cit*, Seyssel, 1990, 2 vols; Barbara DIEFENDORF, *Beneath the Cross. Catholics and Huguenots in Sixteenth-Century Paris*, New York y Oxford, 1991 o Ann W. RAMSEY, *Liturgy, Politics, and Salvation. The Catholic League in Paris and the Nature of Catholic Reform 1540-1630*, 1999. Por su propio atractivo la historiografía de las guerras de Religión ha resultado un espacio ideal para confrontar las diversas jerarquías analíticas, debates que aquí sólo se pueden avanzar, remitiendo a los artículos de Barbara DIEFENDORF, “The Catholic League: Social Crisis or Apocalypse Now”, *French Historical Studies*, 1987, XV-2, pp. 332-344; Mack P. HOLT, “Putting religion Back into the Wars of Religion”, *French Historical Studies*, 1993, XVIII-2, pp. 524-551; Henry HELLER, “Putting History Back into the Religious Wars: A reply to Mack P. Holt”, *French Historical Studies*, 1996, XIX-3, pp. 853-861; Mack P. HOLT, “Religion, Historical Method and Historical Forces: A Rejoinder”, *French Historical Studies*, 1996, XIX-3, pp. 863-873; Susan ROSA/Dale VAN KLEY, “Religion and the Historical Discipline: A Reply to Mack Holt and Henry Heller”, *French Historical Studies*, 1998, XXI-4, pp. 611-629; y, por supuesto, a la parte dedicada a historiografía en Arlette JOUANNA/Jacqueline BOUCHER/Dominique BILOGHI/Guy LE THIEC, *Histoire et Dictionnaire des Guerres de Religion*, París, 1998. La intervención española y su relación la Liga atrajo el interés de la generación de hispanistas de principios del siglo XX: Gustave BAGUENAUULT DE PUCHESSE, “La politique de Philippe II dans les affaires de France”, *Revue des questions historiques*, XXV, 1879, pp. 7-66; J. MATHOREZ, “Les Espagnols et la crise nationale française à la fin du XVI<sup>e</sup> siècle”, *Bulletin Hispanique*, XVIII, 1916, pp. 86-113. La historia diplomática de mediados de siglo incidió en esa relación colocando a la embajada en París como centro del movimiento con el trabajo de De Lamar JENSEN, *Diplomacy and Dogmatism: Bernardino de Mendoza and the French Catholic League*, Cambridge, 1964. Desde la historiografía española se han realizado nuevas aproximaciones a la posición general de la política de Felipe II respecto a Francia (v. P.e. Valentín VÁZQUEZ DE PRADA, “Un episodio significativo de las relaciones de Felipe II con la Liga: La intervención en Bretaña (1589-1598)”, José MARTÍNEZ MILLÁN (dir.), *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, Madrid, 1998, IV Vols, Vol. I.2, pp.923-952, y “Philippe II et la France. De Cateau-Cambrésis à Vervins. Quelques réflexions. Quelques précisions”, Jean François LABOURDETTE/Jean-Pierre POUSSOU/Marie-Catherine VIGNAL (eds), *Le Traité de Vervins*, París, 2000, pp. 135-158.

estos últimos *ligueurs*, mostraban hasta qué punto ellos consideraban posible ser franceses y seguir, sin contradicción de esta naturaleza, las cruces de san Andrés de Felipe II. Es a través de sus discursos, de sus propuestas, de sus esperanzas, de la imagen que construyeron ellos mismos de su soberano ideal como se puede comenzar a entrever el concepto que tenían de esa alianza<sup>38</sup>.

Para ellos la opción española era esencialmente una opción católica. Sólo el hijo de Carlos V, por sus actos y virtudes, era lo suficientemente digno de ser considerado como verdadero rey de los católicos, de *todos* los católicos, de los que se convertía en amparo y padre; un padre que, como Abraham, debía guiar muchos pueblos<sup>39</sup>. La opción de Felipe y la alianza española se anteponía incluso a las consideraciones de naturaleza, más aún cuando con quien se estaba en comunión era con quien se compartía religión y esperanza. Más valía el español católico que el francés hugonote o tibio. El pensamiento político religioso de la Liga católica había insistido en la que la comunión religiosa era la que fundaba al pueblo, eso sí, de manera jerárquica y desigual. Y lo mismo sucedía con la Monarquía, que no era un ente autónomo gobernado por un príncipe que hacía las veces de Dios, sino, simplemente, el mecanismo por el cual el rebaño de Dios era guiado en lo civil y protegido de los lobos, de esa conspiración que desde Judas Iscariote intentaba destruir a la Iglesia misma<sup>40</sup>. En este contexto Felipe era la única solución asumible, su política de intolerancia religiosa era el camino que debía seguir todo príncipe que quisiera ser digno de tal nombre y la alianza con él era el único medio de evitar la ruina de Francia. No se trataba de subordinar el reino de san Luis a la Corona de Castilla, sino de reconstruir la unidad de los cristianos bajo el liderazgo del monarca de El Escorial, exactamente de igual modo que se había hecho veinticinco años antes en las cálidas aguas de Lepanto.

La acusación de traición que se lanzó contra estos radicales implicaba afirmar que sus objetivos y medios cuestionaban la primacía del origen francés;

---

38 Información general sobre el exilio francés y, más particular del sepelio de Rosne, en Robert DESCIMON/José Javier RUIZ IBÁÑEZ, *op cit*, 2004, capítulo II.

39 Robert DESCIMON/José Javier RUIZ IBÁÑEZ, “La imagen de Felipe II en la Liga radical francesa (1589-1598)”, José Martínez Millán (dir.) *Felipe II (1527-1598). Europa y la Monarquía Católica*, tomo I, *El Gobierno de la Monarquía (Corte y Reinos)*, Madrid, 1998, pp. 111-136.

40 Jean BOUCHER, *La Mystère d'infidélité comencé par Judas Iscarioth premier sacramentaire renouvelé et augmenté d'impudicité par les hérétiques ses successeurs et principalement par ceux de ce temps, par Pompée de Ribemont, sr d'Espinay, viconte d'Aisne et C*, Châlons, 1614.

esto tenía parte de realidad, pero había un matiz decisivo que diferenciaba la interpretación que hacían ellos de su elección política y aquella que sus enemigos les atribuyeron y la historiografía ha retenido casi hasta el presente. En realidad su designio sí antepone la relación con el rey Felipe a la relación natural con los demás franceses, pero no en tanto que rey de España, o no sólo, sino como encarnación del catolicismo militar en la lucha decisiva que éste había emprendido por la salud de la Iglesia.

La derrota militar de la Liga católica y la activación de procesos de ocultación de memoria<sup>41</sup> que se produjo a continuación hizo que la visión de los vencidos quedara bajo la sombra del olvido, en muchos casos por libre elección de estos mismos. De hecho, a diferencia de otras comunidades católicas que habían sido derrotadas, los naufragos de la Liga no pudieron reivindicar la lucha continua por la antigua religión<sup>42</sup>. De Francia no nació una comunidad de refugiados estable y con señas de identidad propia como las que se habían gestado con los británicos o los holandeses católicos. Lo más paradójico era que ellos habían sido vencidos... por un rey católico, o al menos eso era lo que el propio Papa proclamó desde su absolución al primer Borbón. El reconocimiento de éste por el rey de España en Vervins cerró en la práctica la última ilusión de luchar por la religión contra Enrique IV. Pero en ese momento los restos de la Liga, al menos los visibles, eran bien patéticos: varios centenares de refugiados que residían en los territorios del rey católico, sustancialmente entre Bruselas y Amberes, y que habían mantenido su combate aduciendo que la conversión de Enrique había sido un fraude y que la absolución pontificia aducía a la credulidad y a la mala información.

Eran pocos, pero estaban convencidos de la justicia de su causa y de la necesidad de reabrir la guerra en Francia. En el entierro de Savigni coincidió la mayoría: los nobles que habían preferido el exilio a las ofertas de redención que les había hecho el rey, los burgueses que no estaban dispuestos a tolerar un gobierno que violara los privilegios políticos y religiosos de las ciudades y los clérigos que identificaban al rey con la propagación de la herejía. En el sermón, fue Jean

---

41 Barbara DIEFENDORF, "Reconciliation and Remembering: A Dévot Writes the History of the Holy League", *Cahiers d'Histoire* (Montréal), XVI-2, 1997, pp. 69-79; Michael WOLFE, "Amnesty and Oubliance at the End of the French Wars of religion", *Cahiers d'Histoire*, XVI-2, 1997, pp. 45-68.

42 La situación de desventaja respecto de otras comunidades en Robert DESCIMON/José Javier RUIZ IBÁÑEZ, *op. cit.*, 2004, cap. III.

Boucher quien tomó la palabra, él era el cura francés a quien en su mejor momento habían llamado el rey de París por su capacidad de movilizar con su verbo a la masa en la ciudad del Sena. En su predicación en Bruselas, no dejó lugar a dudas de la pertinencia de su causa y narró las virtudes del difunto e invitaba a:

“... mostrar el honor del partido por el que un tal señor ha muerto cuanto para el beneficio que da su ejemplo de condenar a los traidores y a los que se han ido, así como para conmover el corazón de quienes... admiren su sacrificio y deseen participar al honor que ha ganado, y tendrá para siempre ante Dios y los hombres. En fin... esta sangre grita a toda la Nobleza, a los jefes y capitanes y a todos los soldados católicos: Combatid los combates de Dios, derribad la hidra de herejía, exterminad la impiedad, defended la Religión, destruid la rebelión, llevad el nombre del Crucifijo. Pues ¿de qué sirve lamentarse cuando es tiempo de combatir?... ”<sup>43</sup>

Eran pocos, pero aún queda por saber cuantos otros compartían las ideas de estos recalitrantes durante la guerra de 1595-1598. La correspondencia diplomática muestra cómo diversos nobles y clérigos con mayor o menor sinceridad mantuvieron abierta la posibilidad de volver a sublevarse por la Liga contra un rey que consideraban tiránico. Muchos de ellos intentaban mantener simplemente las opciones políticas caso que su situación se viera más comprometida en Francia, pero otros, como el vizconde de Saulx-Tavannes o el fascinante obispo de Comminges<sup>44</sup>, pensaban quizá más con el corazón que con el cerebro y siguieron considerando la opción española como la suya propia hasta mucho tiempo después.

No eran los únicos. Tanto la pequeña nobleza católica como las cédulas *ligueuses* que subsistían en las ciudades, mal que bien en la clandestinidad, podían tener sentimientos parecidos. Más aún cuando las victorias del Ejército de Flandes de 1595 y 1596 se podían ver como una muestra del favor de Dios

---

43 Jean BOUCHER, *Oraison funebre sur le trespas de feu tres noble et tres valeureux Mesire Chrestien de Savigny, Seigneur de Rhône, Mareschal de France et faisant la charge de Mareschal de Camp general en l'armée de sa Majesté catholique, prononcée aux obseques du dict sieur en l'église de Sainte Gulde à Bruxelles le Mercredi 25 Septembre 1596*, Bruselas, 1596, p. 54.

44 Serge BRUNET, “L'évêque ligueur Urbain de Saint-Gelais (1570-1630). Du Comminges à Toulouse ou la voie espagnole”, Paul MIRONNEAU/Isabelle PÉBAY-CLOTTES (éds), *Paix des armes, paix des âmes. Actes du colloque international organisé par la Société Henri IV pour la commémoration de l'édit de Nantes et de la paix de Vervins à Pau en 1998*, Paris, 2000, pp. 151-176.

hacia su causa, como el anuncio del final del tiempo de la tribulación. Así se podía interpretar la batalla de Doullens, donde la nobleza francesa mayoritariamente católica pero sirviendo a Enrique IV fue masacrada por los hombres de Felipe II, o en la toma de esta villa y la de Calais, que vieron el asesinato indiscriminado de sus poblaciones por los tercios, convertidos así en los ejecutores de la venganza divina hacia aquellos que habían flaqueado y habían abandonado el campo de la justicia, es decir, el de la Liga. Durante el primero de los combates referidos, el teniente del almirante Villars fue gravemente herido, en el discurso al padre jesuita que le atendió en su agonía se puede oír el eco de las dudas que embargaban a muchos de los católicos que habían aceptado no sin repugnancia a Enrique de Navarra:

“Mi corazón está roto, no por el dolor que me causan mis heridas, que son, lo sé bien, el fruto de la guerra, no por la muerte que tengo ya ante los ojos... la causa por la que he luchado, ¡he ahí mi deshonor y mi vergüenza!... Yo atribuyo este resultado, nuestra derrota, a un justo juicio de Dios, que ha hundido en un desastre bien merecido a aquéllos que, haciendo profesión de catolicismo, han acallado los remordimientos de su conciencia para seguir el partido de la herejía. Eran motivos políticos e intereses privados, y no lo ignorábamos en absoluto, los que habían armado nuestros brazos contra todo derecho y razón... ¡Ahora sólo me queda dar infinitas gracias a Dios, pues, católico como soy, muero en medio de católicos...! y murió pronunciando estas palabras”<sup>45</sup>.

El favor de Dios parecía mostrarse incluso más allá, pues la conquista de Amiens en 1597 hizo imaginar que era el primer paso de la inminente liberación de los verdaderos católicos por el ejército español. Un pensamiento que se apoyaba en la ignorancia respecto a la situación luctuosa de las finanzas reales españolas. El hombre no actúa basándose en cómo son las cosas, sino en cómo está convencido que éstas son. De ahí que un grupo de burgueses de Abbeville preparara una conspiración para entregar esta villa, aguas abajo del Somme, a los hombres del rey católico. Este acto, lejos de ser entendido como una traición a Francia, era concebido como la única forma de salvar el catolicismo en

---

45 Adolphe DELVIGNE, *Mémoires de Martin Antoine del Rio sur les Troubles des Pays Bas durant l'administration du comte de Fuentes, 1592-1596. Traduit du latin et annoté par...*, Bruselas, 1892 (Madrid, 1610), p. 66-67.

la villa y de restaurar el buen gobierno que respetara los privilegios de la ciudad y las prerrogativas de los católicos<sup>46</sup>. No se trataba de una sublevación, como tampoco lo había sido la Liga a los ojos de sus integrantes, sino un acto defensivo para acabar con la rebelión que contra Dios y el orden de la Iglesia estaba perpetrando tanto el rey como sus aliados y asociados. La constatación de la existencia de cédulas residuales que aún sostenían a la opción española no debe dar lugar a generalizaciones. Conocer su amplitud y significado ha de pasar necesariamente por la realización de investigaciones en profundidad que aún están en curso.

Se puede avanzar no obstante que el sueño de una Francia bajo la tutela española sí se realizó en algunas ciudades del norte de Francia, las conquistadas por los ejércitos del rey de España. Un sueño que se volvió en pesadilla para muchos habitantes que vieron cómo los hombres del rey católico podían comportarse de forma tan perversa o sacrílega como los peores de los herejes. Sin embargo, la ocupación de estas localidades es un buen mirador para contemplar cómo los intentos de la política de Felipe II chocaban contra la realidad y se terminaron por disolver en la urgencia de la guerra contra Enrique de Navarra. El modelo, salvo quizá para el caso de Ardres<sup>47</sup>, viene a ser más o menos semejante, los conquistadores, una vez pasados los primeros momentos de saqueo, intentan establecer una administración francesa que complementa a la presencia militar española. Sin embargo, esta última se va haciendo cada vez menos respetuosa con las instituciones locales que se suponía debía defender, por lo que la posibilidad de incorporar en la Monarquía la población a través de las autoridades locales se pierde ante el desprestigio, la venalidad o la inoperatividad de aquéllas frente a la rapacidad de las guarniciones<sup>48</sup>.

---

46 Esta conspiración está estudiada por Robert DESCIMON/José Javier RUIZ IBÁÑEZ, *op. cit.*, 1998.

47 La villa de Ardres fue la única de las conquistadas por los españoles que conservó una gran parte de su población, gracias esencialmente a que se había rendido por composición y que la población pudo elegir entre quedarse jurando fidelidad al rey de España o irse con las tropas francesas que salían de ella; Ernest RANSON, *Histoire d'Ardres depuis son origine jusqu'en 1891*, Lille, edic de 1986, pp. 243-ss.

48 Amiens fue por sus circunstancias especiales un caso paradigmático (he realizado un estudio preliminar en el texto "De la Guerre Civile à la Guerre Royale: Espagnols à Amiens en 1597", presentado al Congreso *Les Occupations en Picardie*, Amiens, 2003), pero no el único por lo que se puede colegir de la información conservada sobre la ocupación española de Doullens, v. E. DELGOVE, *Histoire de la ville de Doullens*, Amiens, 1865, pp. 148-ss.

El estudio de estos reducidos espacios que eran las ciudades ocupadas puede también contribuir a restaurar una visión compleja de una realidad que se empeñaba en serlo. Ante la llegada de sus conquistadores los habitantes debieron actuar rápido, formalizando relaciones sociales que hasta ese momento habían sido implícitas. El estudio de lo excepcional permite, permitirá quizá, visualizar lo que en lo cotidiano permanece oculto, a pesar de ser su basamento más sólido: aquellas cosas que por evidentes no hay que decir. Si de esta manera se puede conocer mejor la amplitud y operatividad de los sentimientos de simpatía hacia Felipe II, también se puede aprender muchas cosas sobre la relación entre lo dicho, lo pensado y lo hecho en esa época. Elementos todos ellos que son decisivos a la hora de ubicar al ser humano en el mundo. Pero para realizarlo es preciso asumir que el contexto, lo histórico, es lo fundamental para aproximarse a esos hombres y que sin tenerlos presentes poco o nada se puede comprender del momento que entre todos construyeron.



## CONCLUSIÓN

La historia abre más cuestiones que cierra, pero todas giran en torno a su protagonista. Los límites temáticos, cronológicos, geográficos que se le quieran poner a la curiosidad se vuelven cárceles si se elevan más allá de la categoría de meros instrumentos de conocimiento. Las consecuencias de lo narrado aquí no fueron las deseadas por los protagonistas: la Liga fue vencida, Felipe hubo de renunciar a su gran política y muchas personas se sintieron decepcionadas por sus partidos, por sus hermanos y por sus vecinos. El devenir histórico mostró que la realidad no es sino el proceso que se genera por la fricción y la negociación entre las personas, de las múltiples concepciones que cada uno tenía de ella. Los resultados fueron sorprendentes y transformaron esa realidad de forma paradójica: los hugonotes apoyaron el establecimiento de una forma de Monarquía que en menos de cien años decretaría su expulsión de Francia y Felipe II terminó por secularizar mediante el consenso del pueblo al ducado de Cambrai cuando sus ministros se dejaron influir utilitariamente por las ideas democráticas de los aliados franceses de su rey<sup>49</sup>. Como trasfondo de todo ello se emprendió una guerra que cada uno interpretó de una manera, pero que fue en la práctica el espacio donde verificar la capacidad que tenía la Monarquía de romper su carácter particular y asumir un liderazgo estructural católico aprovechando la confrontación confesional. Se puede concluir que la apuesta se fundó sobre elementos realmente existentes, pero que resultaron insuficientes por su propia naturaleza, por el desarrollo de la política francesa y por la falta de capacidad de adaptación de la Monarquía... y que, en consecuencia, fracasó.

---

49 José Javier RUIZ IBÁÑEZ, *Felipe II y Cambrai: El Consenso del Pueblo. La soberanía entre la teoría y la práctica política (Cambrai, 1595-1677)*, Madrid, 1999.

Pero lo fundamental, fascinante, grandioso y, en muchas ocasiones, terrible de la historia es que no se puede comprender una parte sin considerar que ésta condiciona y está condicionada por el todo. Baste evocar que, posiblemente, las acciones ulteriores de L'Etoile y de Sepúlveda se vieron determinadas por la emotividad que les despertó la guerra al arrancarles tan brutalmente a sus hijos. Por su parte los campesinos castellanos, pese a encontrarse tan lejos de esa guerra, debieron también adaptarse a sus consecuencias enajenando sus bienes para hacer frente a las demandas de numerario que se les hacía para sufragar una política basada en apreciaciones subjetivas y en demasiados sobreentendidos<sup>50</sup>. La historia ha de pretender entenderlo todo y romper los lazos de una comprensión que no busque ser total. Para ello desde el gran maestro Polibio cuenta con instrumentos que le facilitan la labor a la hora de ordenar sus conceptos, comparar situaciones, aprender, avanzar, saber y errar, errar y buscar, intentar, en suma, hacer mediante la duda creadora más libre al hombre. En efecto, es difícil, muy difícil, pero también la más hermosa de las aventuras.

---

50 Un ejemplo de caso que muestra bien este efecto local de las tendencias continentales es la tesis aún inédita de José Andrés PRIETO PRIETO, *El concejo de Palomares del Campo en el tránsito del siglo XVI al XVII*, Murcia, 2003.





Región de Murcia  
Consejería de Economía,  
Industria e Innovación



Plan de Ciencia y Tecnología  
Región de Murcia  
2003-2006